

THE HORUS HERESY®

John French

TALLARN

Guerra por un mundo muerto



timunmas

THE HORUS HERESY®

TALLARN

John French

timun**mas**

Título original: *Tallarn*

Traducción: Roser Granell, Pura Lisart y Miguel Trujillo (Traducciones Imposibles, S.L), 2020

Tallarn © Copyright Games Workshop Limited 2019.

Tallarn, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2019 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0827-0
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 11.759-2020
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

Armas olvidadas Lágrimas del cielo Silencio

La teniente Tahirah (comandante del Primer Escuadrón, Compañía Amaranth, 701.º de los Jurnianos) soltó un improperio cuando el tanque frenó abruptamente. Seguía blasfemando mientras saltaba del trípode y giraba por el aire. El suelo la golpeó con fuerza mientras trataba de rodar para amortiguar la caída. Se deslizó por el suelo en un barullo de brazos y piernas, golpeó las cajas cubiertas de lona y se detuvo. El aire salió de sus pulmones, y acabó con sus juramentos. Sintió el frío rococemento contra la mejilla y un dolor sordo que llenaba su pecho. Tenía la boca abierta; podía sentir los labios y la lengua moviéndose mientras trataba de respirar.

«Debo de parecer un pez», pensó.

El resto del equipo se estaba riendo; el sonido se mezclaba con el gruñido perezoso del motor del tanque. El chasis de patrón marciano estaba gruñendo a unos pasos de distancia. Seguía teniendo su gris de fábrica; no parecía un tanque de batalla. Donde debería haber estado la torreta tan solo había un collar engrasado y una abertura hacia las tripas del chasis. Las monturas de armas del casco y las plataformas de armamento eran solo rendijas vacías. Podía ver a la artillera Genji sonriéndole desde donde debería estar el arma del casco delantero. Lachlan se sentó en la plataforma de

armamento derecha del tanque, con Makis y Vail sobre el casco, con las piernas colgando sobre las tripas abiertas de la máquina.

—¿Inspeccionando el suelo, Tah?

La voz era aguda, casi infantil. Udo. Tenía que ser Udo. Todos se rieron un poco más. Por Terra, ni siquiera era un buen chiste.

—Solo intento... escapar... de tu compañía.

Se rieron y ella respiró en silencio.

En realidad, la caída era culpa suya. Udo no sabía conducir ni aunque su vida corriera peligro, y la parte superior de la montura del arma había sido un lugar estúpido para sentarse durante el trayecto. Aun así, tenía que esforzarse mucho para no plantearse la posibilidad de levantarse y dispararle al artillero en la cara. Se puso de rodillas mientras un patético trago de aire llegaba hasta sus pulmones. Se puso en pie, recogió la gorra y se la encajó en la cabeza. Era alta para ser jinete de máquina, pero habría sido baja para ser soldado de infantería. Enjuta, de piel cálida y rostro afilado, tenía una sonrisa que creía que mostraba demasiados dientes, y su ropa gris y verde siempre parecía holgada, sin importar la talla.

Apartó la mirada del tanque, tanto para esconder el hecho de que todavía no había recuperado el aliento como para contemplar la vista. Más allá del vehículo en reposo se extendía la cámara, una vasta caverna de rococemento iluminada por una luz intensa. Ahora que no estaba montada en el tanque se daba cuenta de que el sonido del motor había llenado el espacio de ecos. El suelo era una pátina de manchas de aceite y socavones de las pesadas orugas. Una fina capa de polvo arenoso lo cubría todo, y había un aroma fresco y ligeramente rancio, que delataba que el sistema de ventilación llevaba un tiempo inactivo. Por encima de ellos, separada por capas de roca, plasmamento y acero, se encontraba la Ciudad Zafiro, bullendo de vida mientras debajo había una madriguera de refugios militares que estaba prácticamente vacía.

Por supuesto, en realidad no estaba deshabitada: dos regimientos y unas cuantas unidades abandonadas más vivían en las secciones superiores. Después estaban los almacenes, suministros para las campañas que probablemente habrían acabado hace mucho, todos oxidados y deteriorándose en silencio. Incluso en cavernas como aquella había cajas apiladas contra las paredes y grandes

formas robustas bajo las lonas verdes reglamentarias. A pesar de eso, un regimiento acorazado entero, o tal vez dos, podrían haber desaparecido en el espacio restante.

Y había más refugios, diez más solo en aquel complejo, y más complejos por todo Tallarn. Espacio suficiente para que un ejército destructor de constelaciones se reuniera.

«Ya no», pensó Tahirah. Nunca se había preocupado por las partes desocupadas del refugio subterráneo hasta ahora. Tres malditos años y jamás se había planteado mirar por ahí.

Los demás lo habían hecho, claro. Tenía la sensación de que Makis y Genji sabían mucho más sobre el complejo de lo que era saludable, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Era Makis quien había encontrado la cámara y había sugerido robar una de las máquinas incompletas para dar un paseo. Al menos, eso era lo que parecía. Tahirah tenía la sensación de que no era la primera vez que su equipo pasaba así el tiempo, tan solo era la primera que le habían pedido que los acompañara.

Tahirah y el resto del 701.º de los Jurnianos habían permanecido en estado de espera (previo al despliegue) en Tallarn desde hacía veintisiete meses solares. Después de seis meses habían pasado por todos los entrenamientos imaginables para tratar de deshacerse de parte de la tensión que atravesaba la unidad. Había habido peleas, tanto entre las tripulaciones del 701.º como con la 1002.^a de los Chalcisorianos, con quienes compartían el complejo. Había habido flagelaciones, pero no había supuesto ninguna diferencia. Todos estaban demasiado apiñados, esperando una guerra que parecían haber olvidado que esperaban.

Entonces habían llegado las noticias. El Imperio estaba en guerra consigo mismo. Horus, señor de la guerra de la Gran Cruzada, se había vuelto contra el Emperador, y la mitad de la potencia de guerra del Imperio lo había hecho con él. Algunos habían dudado de que aquello fuera cierto, como si la falta de cualquier sonido o de furia inmediatos negara la posibilidad de la traición de Horus. Y, aun así, la unidad de Tahirah había seguido sin órdenes, sin una nave que los llevara al frente, sin una guerra que los quisiera.

Tahirah se dio la vuelta y vio a Makis asomándose al anillo abierto de la torreta del tanque, justo por detrás del asiento del conductor.

—Levántate de ahí, Udo —dijo con voz baja y comedida.

—¿Por qué? ¿No puedo cometer un error mientras aprendo?

Ella no podía ver a Udo, pero la voz de aquel cabrón llorica era más singular que su cara de rata.

Makis se rascó la barba incipiente gris sobre su barbilla y negó un poco con la cabeza. Lachlan la miró a los ojos desde la parte superior de la plataforma de armamento derecha. Inclino la cabeza y levanto una ceja.

—Tú, vete —insistió Makis.

La cabeza de Udo salió del hueco de la torreta, con el cuero cabelludo cubierto de granos reluciendo bajo la luz. Levantó la mano para que alguien lo ayudara, pero nadie lo hizo. Tras un segundo, se impulsó él mismo, con el rostro contraído por el esfuerzo. El chaval era todo piel pálida y costillas bajo la ropa de trabajo verde y gris.

—No he golpeado nada —protestó mientras se ponía en pie sobre el casco superior.

Makis no dijo nada pero se sentó en el asiento del conductor.

—Ah. ¿Estabas tratando de no golpear nada? —preguntó Vail—. Lo siento, pensaba que estabas siendo imprudente. Supongo que la incompetencia es mejor.

—Ha sido divertido. —El rostro delgado de Udo estaba arrugado y rojo—. Os habéis reído.

—Udo. —Vail había vuelto la cabeza, con el ceño fruncido sobre los ojos negros—. Cállate.

—No he chocado con nada —murmuró Udo de nuevo mientras se sentaba, con las piernas colgando en el hueco de la torreta, y le lanzaba una mirada agría a Vail. El estibador tatuado cerró los ojos como si estuviera recuperando sueño atrasado. Udo se puso rojo por la furia.

Udo. Tahirah tenía que hacer algo con Udo. Su equipo estaba haciendo lo que hacían los grupos pequeños de gente aburrida que pasaban mucho tiempo juntos: encontrar una salida para la frustración. Tendría que haber hecho algo al respecto meses antes. Siempre obtenía resultados de sus equipos sin emplear los métodos duros de otros oficiales. Estaba empezando a afectarle eso de esperar y no saber. Se mordió el labio mientras observaba a Udo mirando otra vez a Vail, y después al tanque donde Makis se había

situado en el asiento del conductor. Sí, sin duda tenía que haber hecho algo meses antes. Sus habilidades estaban fallando. Se pasó una mano por el pelo rapado.

Iba a hacer algo.

Udo le lanzó otra mirada a Vail y después escupió sobre el casco del tanque. La saliva resbaló por el metal gris.

El problema era que era muy fácil sentir desagrado por esa garrapata.

—¿Jefa?

La voz de Lachlan atravesó sus pensamientos y ella pestañeó, dándose cuenta de que había salido del tanque y se encontraba a solo unos pasos de distancia. Llevaba un chaleco verde, y sus pantalones de combate eran de un patrón de tigre ocre y gris que no era del estilo jurniano. Tenía una bolsa abierta de varillas de lho. Tahirah asintió con la cabeza y él le tiró la bolsa.

—Gracias —dijo. Encendió una y le devolvió la bolsa. Lachlan asintió con la cabeza hacia el chasis del tanque, mientras el motor se encendía y una voluta de humo de escape subía hacia el techo.

—¿Estás lista para otra vuelta, jefa?

—¿Eh? —Ella miró al tanque—. Sí, claro, en un minuto.

Se volvió hacia las formas cubiertas de lona contra las que había girado al bajar del tanque. El borde de una de las lonas estaba suelto, así que podía ver el metal manchado de óxido por debajo. Levantó el borde del pesado tejido y lo apartó. Los vehículos que había debajo eran pequeños, apenas un tercio del tamaño del chasis Marte que Udo casi había estrellado. Estaban apilados de tres en tres, uno encima del otro, en marcos de metal.

—¿Has visto esto? —preguntó Tahirah, mirando las manchas de óxido y los números troquelados.

—¿Qué son? —preguntó Lachlan, acercándose a ella.

—Vehículos de exploración, creo. Nunca había visto este patrón. —Tahirah señaló con la varilla de lho la pequeña montura que sobresalía de la parte superior de uno de los vehículos—. Parece que podría almacenar un cañón láser.

Lachlan asintió con la cabeza y se agachó junto al vehículo inferior de la pila. Pasó la mano por la montura de la rueda, y salió negra por la grasa cubierta de polvo.

—Nunca le llegaron a quitar la grasa de fábrica. Debieron de traerlos y se quedaron aquí antes de que pudieran traer a los pobres cabrones que tenían que montarlos. —Pasó una uña por una zona oxidada y la apartó con una lámina de metal de un marrón rojizo del tamaño de una moneda—. No creo que vayan a llegar jamás.

—Sé lo que se siente —respondió ella, y soltó una larga exhalación—. Venga, vamos a volver a los niveles superiores.

Volvió hacia el tanque que esperaba, subió al casco superior y bajó por el hueco de la torreta que había frente a Udo. Lachlan la siguió. El motor gruñó al despertar y el tanque comenzó a chirriar. Tahirah miró a Udo y vio que comenzaba a abrir la boca.

—No, Udo. No puedes conducir.

Akil Sulan esperó en silencio hasta que los pasos de Jalen retrocedieron por la plataforma alicatada. Durante un largo momento observó las letras que recorrían la placa de datos en su mano, antes de cerrarla y metérsela en el bolsillo. Akil tomó aire con lentitud, saboreando el aroma de Ciudad Zafiro bajo la luz tenue. El olor de polvo mezclado con el viento del mar le llenaba la boca y la nariz. Le gustaba aquel momento de la tarde: el calor del día se frotaba con el frescor de las sombras alargadas, el aroma del agua mientras las cálidas piedras de las calles se limpiaban de polvo, las delgadas volutas de humo de cocinar se elevaban desde la maraña de los tejados. Era como si la propia ciudad estuviera respirando.

Tomó aire de nuevo, lentamente, permitiendo que lo sostuviera, durante un segundo, suspendido entre momentos. El cielo era una bóveda de azul cobalto, con un matiz de un rosa dorado por la puesta del sol. La ciudad desaparecía del borde del balcón en gradas irregulares, y las sombras de las calles se deslizaban hasta llegar a las tierras planas de la costa y el delta, y sus tejados de piedra daban paso al cristal de las agrícúpulas que se extendían para encontrarse con el mar. La mayor parte de la ciudad era una maraña de edificios de tejado plano, pero eran las torres las que llamaban la atención. Había cientos de ellas, algunas pequeñas y erosionadas, y otras que parecían rozar el cielo. Todas eran de piedra, pero una con un millar de texturas y colores diferentes. La torre negra de Asil centelleaba con salpicaduras de cristal, mientras

que el capitel de Nema parecía un cuerno en espiral. Akil sonrió por un segundo, como solo podía hacer un hombre que poseía gran parte de lo que veía.

Ciudad Zafiro: una joya entre las muchas grandes ciudades de Tallarn. Su ciudad.

Se apoyó sobre la balaustrada de piedra y bajó la mirada hasta su mano. De algún modo, la piel parecía más vieja: ¿cómo había ocurrido eso? ¿Cómo se habían apilado sobre él tanto tiempo y responsabilidades?

Levantó las manos y se las pasó por la piel suave de la cara, y después por el pelo grisáceo. Era un gesto antiguo, que imitaba la salpicadura del agua en la cara al final de un día de trabajo. Sus hijas habían aprendido el gesto casi antes de que aprendieran a hablar. Pensar en ellas riendo mientras lo imitaban llevó una breve sonrisa a sus labios.

El viento aumentó y la sonrisa se desvaneció.

Dio media vuelta y se alejó de la balaustrada, metiéndose la placa de datos en el bolsillo mientras bajaba los escalones hasta las calles estrechas de abajo. Su ropa era mucho más pobre de la que solía llevar. Los que lo conocían se habrían quedado impresionados al verlo con la túnica gastada negra y púrpura tan común entre las clases trabajadoras. Pero le gustaba la ropa sencilla; era cómoda, y disfrutaba de la emoción del anonimato al recorrer las calles de Ciudad Zafiro mientras la oscuridad crecía en los recovecos. La gente pasaba junto a él; algunos levantaban las manos y murmuraban deseos de buena fortuna, pero ninguno le dirigía más de una mirada. Tan solo parecía un hombre corriente volviendo a casa al final de la jornada, sin nada más en la mente que comida y la promesa del sueño.

Había crecido en esas calles, había corrido sobre los tejados y había trepado por las enredaderas de frutas que recorrían las paredes de los viejos edificios. Nunca había sido pobre, pero la riqueza se encontraba en un futuro muy lejano. En esa época la vida no siempre había sido agradable, pero había sido más sencilla.

Echaba de menos esa sencillez. Echaba de menos su claridad. Le gustaba volver a las calles, la sensación reconfortante de las piedras gastadas bajo los pies, el aroma mezclado de carne cocinándose y

flor de tabaco que suavizaba el hedor de los apestosos desagües. Lo que más disfrutaba era lo diferente que lo miraba la gente, si es que lo miraban, cuando no estaba rodeado de guardaespaldas, vestido con tejidos adecuadamente exóticos y seguido por sus ayudantes. Disfrutaba de no ser Akil Sulan durante un tiempo.

«Tallarn está muriendo con lentitud». Ese pensamiento se elevó en su mente mientras caminaba entre las sombras crecientes. Sin los suministros y las tropas de la Gran Cruzada que lo atravesaban, el planeta volvería a ser lo que había sido en tiempos de su abuelo: un mundo lejano de poca importancia. Podría tardar cien años, pero ocurriría. Él mismo estaría muerto para entonces, pero sus hijas no. Las gemelas tenían unos cuantos años y eran solo sonrisas y risas despreocupadas. Necesitaban un futuro.

Un grito lo sacó de sus pensamientos. Se detuvo. El grito volvió a sonar, alto y claro. Podía oír el sonido de unos pies arrastrándose sobre la piedra desde el otro lado de una esquina, a unos pasos por delante de él. Akil se puso en marcha antes de que otro pensamiento atravesara su mente. Ya tenía el cuchillo en la mano cuando dobló la esquina. La empuñadura forrada en cuero le resultaba familiar y cálida. Recordaba a su abuelo sonriendo cuando se lo dio. Era curvado y de doble hoja: todo hombre y mujer de Tallarn necesitaba un cuchillo como aquel.

Akil dobló la esquina. La calle que había al otro lado era estrecha, con edificios a cada lado, muy pegados, que ahogaban la escasa luz. Eran dos, uno de ellos una masa de carne y músculo, y el otro, delgado y larguirucho. Había una tercera figura acurrucada en el suelo. Bajo la débil luz, los hombres parecían siluetas emborronadas, cuerpos y miembros. Uno de ellos le dio una patada a la figura del suelo y el grito volvió a romper el aire.

—Danos el dinero, viejo —ordenó el más delgado.

Akil se encontraba a tres pasos. El hombre grande se volvió. Akil percibió una cara ancha y el resplandor de un ojo clavándose en él. El atacante abrió la boca para gritar, y su mano se movió hacia su propio cuchillo.

«Si quieres conocer el carácter de una persona, mira sus armas», le había dicho su abuelo. «Nosotros, en Tallarn, somos hijos del cuchillo».

El hombre grande atacó y su hoja se convirtió en un centelleo crepuscular. Akil se agachó para eludir el golpe y su propio cuchillo atravesó el muslo del hombre. Este gritó. Akil se irguió y le cortó el brazo en el que llevaba el cuchillo por encima del codo.

El arma del hombre se le escapó de entre los dedos, y la sangre se derramó por su brazo flojo. Miró a su alrededor, buscando a su amigo, pero el individuo delgado ya había echado a correr. Akil dio un paso atrás y miró a su enemigo a los ojos. El hombre dudó. Akil levantó su propio cuchillo con lentitud, para que reflejara la luz. Entonces, el sujeto asintió con la cabeza y se alejó cojeando, dejando una hilera de gotas oscuras sobre las piedras de la calle.

Akil lo observó marcharse, y entonces limpió y envainó su cuchillo. Miró a la figura del suelo. Un rostro ajado lo miró mientras se agachaba hacia él, viejo, con polvo en las arrugas y enmarcado por un pelo y una barba grises.

—¿Te puedes levantar? —le preguntó Akil.

El anciano hizo una mueca, se movió y asintió con la cabeza.

—Gracias, digno de honor —dijo el anciano.

Akil podía oír la edad y la falta de dientes en su voz, pero las palabras casi le hicieron sonreír. «Digno de honor» era una fórmula de cortesía ya anticuada antes de la conformidad. Akil se fijó en el tejido gris de la ropa del anciano, desgastada y manchada de sudor y polvo. Era un campesino, de uno de los asentamientos menos desarrollados de Tallarn.

—¿Se han llevado algo? —le preguntó Akil mientras lo ayudaba a levantarse.

—No, digno de honor. —El hombre se apoyó sobre Akil y tomó aliento, tembloroso—. Las estrellas sonríen ante tu amabilidad.

—Toma. —Akil tomó un puñado de monedas de su bolsillo y se las tendió.

—No, no. —El anciano negó con la cabeza y le apartó la mano a Akil—. No puedo aceptar dos veces tu amabilidad. —Akil volvió a tenderle la mano, pero el anciano negó con la cabeza de nuevo y se alejó—. Ya me has dado más que suficiente. Que los dones de la fortuna lluevan sobre ti.

El hombre comenzó a alejarse. Akil se movió para ayudarlo, pero el anciano volvió a negar con la cabeza.

Akil podía sentir el deseo del hombre de alejarse de aquella calle silenciosa. Miró a su alrededor. La oscuridad era casi total. Él también necesitaba salir de las calles.

—Sé adónde voy. —El anciano le sonrió sin dientes y asintió con la cabeza—. No está lejos.

Akil asintió a su vez, y estaba a punto de decir algo, pero el hombre ya doblaba la esquina.

Durante un segundo, Akil no se movió. Algo en lo sucedido no encajaba. Se dio la vuelta y dio un paso por la calle, rozándose el bolsillo con la mano de forma inconsciente.

Se quedó inmóvil. Tenía el bolsillo vacío: la placa de datos no estaba. Un frío temor lo invadió. Comprobó los otros bolsillos, y después la calle.

Nada.

Comenzó a correr en la dirección por la que se había ido el hombre, con un pánico helado extendiéndose en sus venas. Dobló la esquina. La calle más ancha se extendía hacia la oscuridad, silenciosa y vacía salvo por la basura que bailaba en la brisa.

«Ya me has dado más que suficiente», había dicho el anciano. Akil dio otro paso, pensando en correr por las calles para buscar al anciano, pero se detuvo. No iba a encontrar al viejo ladrón. Los callejones crepusculares de Ciudad Zafiro podían tragarse a alguien en unos pocos pasos rápidos; había una docena de caminos diferentes que podía haber tomado el hombre desde ahí.

Respiró hondo y trató de calmar sus pensamientos y su pulso. Iba a tener que...

Un destello en el cielo tiñó la calle de blanco de repente. Akil levantó las manos para protegerse los ojos. Durante un segundo, pudo ver las venas de sus párpados.

Levantó la mirada. Las estrellas estaban cayendo, rompiéndose en lluvias de chispas que recorrían el cielo nocturno.

«Fuegos artificiales», pensó. «Una celebración imprevista. Una lluvia de estrellas...».

Comenzaron a aullar unas sirenas. La primera, en la distancia, y después otra y otra más, hasta que el coro estruendoso resonó por todas partes. Podía ver puertas y ventanas abriéndose, gente mirando al exterior. En algún lugar profundo en su interior se

combinaron las posibilidades y los miedos. Pensó en sus hijas, durmiendo en casa, al otro lado de la ciudad. La gente estaba ya saliendo por las puertas y llenando las calles. La mayoría se quedaban paralizados al salir, con los ojos clavados en el cielo, moviendo las bocas con palabras que se perdían mientras las sirenas aullaban.

Akil comenzó a moverse, con unos pasos lentos al principio. Después comenzó a dar zancadas, apartando a la gente de su camino, y después echó a correr.

Por encima de él, los cielos lloraban lágrimas de fuego.

El metal era frío contra la frente de Brel. Tenía los ojos cerrados, permitiendo que el dolor de cabeza saliera de su piel hasta el borde de la escotilla de la torreta. En algún lugar fuera del casco del tanque podía oír voces alzadas, pero las ignoró. A muchos equipos no les gustaba pasar más tiempo del necesario dentro de sus vehículos, pero a Brel le daba paz la presencia de su máquina. La había llamado *Silencio* hacía mucho tiempo, tras una batalla que no estaba seguro de que nadie de Tallarn recordara realmente. Estuviera encendida o con el motor frío como en ese momento, ella era su lugar, su reino, el lugar donde todo estaba como tenía que estar. Cuando llegaban los dolores de cabeza, era el único lugar donde quería estar.

Las voces se estaban alzando, palabras furiosas que se filtraban a través de la escotilla abierta por encima de él.

«Ahora no», pensó. No mientras el dolor de cabeza le estuviera aporreando el cráneo. Soltó aire y trató de ahogar los sonidos de las voces.

—Tienes que pagar —dijo una voz femenina, aguda e impregnada de resentimiento. Conocía la voz. Era Jallinika, por supuesto.

—No puedo —contestó otra voz, masculina, suplicante y nasal—. Es que no puedo. Mira...

La voz del hombre se cortó con un gruñido.

—Hay más, teniente, señor —replicó Jallinika. Brel se dio cuenta de que estaba disfrutando de lo que estaba ocurriendo—. Todo el dolor que quieras, tú sigue diciendo que no puedes pagar.

Habló otra voz masculina, gruñendo como el mar pulverizando guijarros contra un acantilado, demasiado baja para que Brel

entendiera las palabras. Pero no importaba; no necesitaba entender a Calsuriz para reconocer su voz. El enorme conductor estaría haciendo el trabajo de fuerza, por supuesto.

Un grito medio farfullado llegó a través de la escotilla. Dientes rotos, probablemente. Brel cerró los ojos con más fuerza. Solo quería que se callaran. El dolor era una bola blanca en su frente que le presionaba la parte posterior de los ojos.

—Y ¿qué vas a hacer ahora, teniente, señor? —preguntó Jallinika con lentitud, y Brel la oyó sonreír.

—Puedo... Eh...

Hubo un grito sonoro y agudo, y algo golpeó la parte exterior del casco de la máquina. Por un segundo hubo silencio y después Calsuriz gruñó, y el sollozo se mezcló con una respiración húmeda y obstruida.

«Basta», pensó Brel. El dolor de su cabeza brillaba como el sol. Abrió los ojos y pestañeó ante las manchas azules y rosas que bailaban frente a sus ojos. Levantó las manos, las puso a cada lado de la escotilla circular y se impulsó hacia fuera en un único movimiento limpio. Lo miraron mientras salía y bajaba al suelo. Cientos de tanques silenciosos se extendían en todas direcciones, con los cascos cubiertos de polvo. Cada cien metros un globo de lumen diluía la oscuridad con una luz de un amarillo orina.

Brel miró al hombre que había aovillado en el suelo salpicado de sangre. De la boca y la nariz le caía un líquido rojo que se perdía entre sus dedos. Brel se fijó en las cuerdas de rango trenzadas que se balanceaban de su uniforme del 1002.º de los Chalcisorianos.

—Ya basta —dijo Brel. Tenía la boca seca, y el sol seguía ardiendo en el interior de su cabeza. Sabía que tenía aspecto de que lo hubieran arrancado de la oruga de una máquina. Estaba desnudo de cintura para arriba, y su delgada silueta estaba encorvada tras pasar media vida agachado dentro de la torreta de un Vanquisher. Estaba cubierto de polvo y grasa de máquina que emborronaban las cicatrices de las heridas sanadas hacía mucho y manchaban los bordes de los tatuajes de halcones y los craneos sonrientes.

Se lamió los labios y miró a Calsuriz. El hombretón bajó la mirada y se frotó la mandíbula. Jallinika comenzó a decir algo, pero Brel volvió la cabeza para mirarla. Ella dio un paso atrás, con las

manos bajas y abiertas en actitud apaciguadora. Los cráteres de las cicatrices de su cara delgada y sus brazos parecían pequeñas sombras sobre su pálida piel. Brel miró al teniente que gimoteaba en el suelo, se acercó a él y se agachó. Ahora reconocía al hombre: Salamo, comandante del Duodécimo Escuadrón, Compañía Leopardo.

—Eres Salamo, ¿verdad?

Este levantó la vista. Tenía la parte inferior de la cara cubierta de sangre. Su nariz era una masa plana, y estaba respirando a través de dientes astillados. Uno de sus ojos con implantes augméticos se había hecho añicos. Respiró con fuerza y asintió con la cabeza.

Brel le dirigió una sonrisa, tratando de no permitir que su dolor de cabeza agriara la expresión.

—El problema, teniente Salamo, es que no pareces comprender la naturaleza de una deuda. —Hizo una pausa y pestañeó mientras el dolor cambiaba el centro dentro de su cráneo—. Y, por desgracia, parece que tienes una deuda conmigo. Así que, antes de que continuemos, quiero saber lo que me debes y si puedes pagar.

Detrás de él, Jallinika comenzó a producir un ruido. Brel levantó una mano y ella se quedó en silencio. Él volvió a sonreírle a Salamo. El hombre se movió y tomó aire a través de sus dientes rotos.

—Sesenta... y cinco —dijo Salamo, con una respiración húmeda entre las palabras.

—¿Sesenta y cinco? —repitió Brel. Estaba esforzándose al máximo por no cerrar los ojos contra el dolor de su cabeza. Llevaba un tiempo sin ser tan intenso, desde Ycanus. Miró en dirección a Jallinika—. ¿Habéis hecho esto por sesenta y cinco?

—Eh... —Jallinika había comenzado a hablar otra vez, pero Brel levantó un dedo. Se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos.

—¿Puedes pagar? —le preguntó a Salamo.

—No —respondió él, tragando saliva.

Brel asintió con la cabeza, con los ojos todavía cerrados. Sesenta y cinco no era una gran deuda, pero la mayoría de los que acudían a él solían tener un problema que significaba que la balanza normal de la fortuna no se aplicaba.

Brel y su equipo llevaban ya casi una década en Tallarn, tras ser dejados atrás cuando el resto de su regimiento avanzó y los dejó todavía sangrando sobre los vendajes y murmurando en sueños

febriles. Durante una década había esperado a que la guerra lo volviera a llamar. Había observado mientras que el papel de Tallarn como núcleo de preparación para las fuerzas de la Gran Cruzada perdía importancia. Los millones que habían llenado los complejos de refugios se habían reducido a un goteo. Las naves que habían encendido el cielo nocturno con estrellas falsas se habían marchado y no habían regresado. Pero Brel y su equipo habían permanecido ahí, guerreros olvidados en una tierra olvidada. Y habían descubierto que había un lugar para ellos en Tallarn.

Entre los miles de millones de rondas de munición y almacenes en descomposición, había cosas por las que los soldados estaban dispuestos a pagar: estimulantes, analgésicos, comida de más calidad. Cosas para conjurar sueños o conceder olvido. Después de un tiempo, tenían suficiente dinero para suministrar casi cualquier cosa que los soldados pudieran desear. Habían sido silenciosos y eficientes, y la guerra jamás había regresado. Incluso cuando llegaron noticias de que al parecer el Imperio estaba en guerra consigo mismo, Brel no se preocupó: él y su equipo no iban a volver, ahora no.

Abrió los ojos. Salamo lo estaba mirando, esperando. Brel le dirigió una sonrisa de resignación y asintió con la cabeza.

—Vale —dijo Brel en voz baja—. Vale.

Estiró el brazo y lo enganchó con cuidado bajo el de Salamo para ayudarlo a ponerse en pie. El teniente chalcisoriano se frotó la boca ensangrentada con el dorso de una mano. Le echó un vistazo a Brel y su ojo intacto con implantes augméticos emitió un resplandor verde.

—Te voy a conseguir el dinero —aseguró Salamo, ceceando a través de un coágulo de saliva y sangre—. Y no voy a decir nada.

Brel volvió a sonreír y el movimiento provocó nuevas líneas de dolor en su cráneo.

—Vale —respondió, y le dio una palmada en el hombro a Salamo—. Vale.

Salamo trató de devolverle la sonrisa, pero su cara destrozada no era capaz. Se volvió para alejarse de allí.

Brel le rompió el cuello con un rápido movimiento y bajó el cuerpo hasta el suelo. Volvió a cerrar los ojos tras terminar y se

permitió desplomarse contra el *Silencio*. Le pitaban las orejas; aquello era nuevo.

—Deshaceos del cuerpo. Tiradlo a una cámara inferior y haced que parezca que se ha caído de una escalerilla o algo.

El pitido era ahora un grito penetrante. Jallinika y Calsuriz no dijeron nada. Brel se obligó a abrir los ojos y miró a su alrededor. Su conductor y su artillera estaban mirando hacia arriba, a la oscuridad que ocultaba el tejado arqueado. Brel estaba a punto de decir algo cuando Jallinika se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué es eso?! —gritó.

Brel pestañeó y después negó con la cabeza. El grito lastimero palpitaba mientras se movía, no dentro de su cabeza, sino a su alrededor. Brel había visto muchos frentes de guerra, había oído naves chirriando cuando parte de su casco se rompía y había corrido para buscar refugio mientras caían las bombas. El sonido era una alarma, pero no se parecía a ninguna que hubiera oído jamás. No era una alerta ni una llamada para la congregación; parecía algo nuevo, como si fuera un grito entrando en la realidad desde una pesadilla olvidada. El dolor dentro de su cabeza era tan fuerte que se le emborronó la visión.

—No lo sé —dijo, pero sus palabras se perdieron cuando la alarma chilló más fuerte.